

toda la redondez de la tierra; oyendo vuestro nombre, tiemblan los demonios; descubriéndose vuestros resplandores, huyen las tinieblas, y á vuestro mando se abren de par en par las puertas del cielo ¡ Oh esperanza de los cristianos, después de Jesucristo vuestro Hijo! ¡ Oh Reina de misericordia, dulzura de la vida! A Vos suspiro desterrado en este valle de lágrimas: ayudadme, Señora, en mis trabajos; defendedme en mis desmayos, y después de este destierro mostradme al bendito fruto de vuestro vientre, Jesucristo, el cual vive y reina por todos los siglos.

*Petición.—Gozos y oración final.*

## DÍA CUARTO

### LECCIÓN

“Ven del Líbano, Esposamia,”

(Cant., IV, 8.)

Hubo una israelita de tan extraordinaria hermosura que, robando el corazón del rey Asuero, desde luego la eligió para su propia esposa, y habiéndola

la vestido y adornado magníficamente, la elevó á la dignidad real y partió con ella el mando de su imperio.

Mas aquella Esther que á los ojos de todos parecía graciosa y amable<sup>1</sup>, no era más que una figura imperfecta de la que, más agraciada todavía, se atrajo las divinas miradas del Rey inmortal de la gloria. María santísima es esta cándida Esther de imponderables gracias, que, cautivando el corazón de su Amado, fué escogida desde la eternidad para la casta Esposa de Dios Espíritu Santo.

El Amante divino, para celebrar con esta Virgen pura su augusto desposorio, la ennoblece y adorna con un cúmulo de gracias en que sobrepuja al número de las estrellas; le comunica una plenitud de luz que obscurece al Sol y á la Luna, y una blancura y candor que ofusca el brillo de la nieve, una pureza y castidad que la hacen superior á los mismos ángeles; y después de haberla enriquecido con preeminencias y blasones singularísimos, después de

<sup>1</sup> Esth., II, 15.

haberla admirado como la obra maestra de su Omnipotencia: *Ven, escogida mía*, —la dice,— *y colocaré mi trono en tu corazón*<sup>1</sup>; *apresúrate, amiga mía, paloma mía, hermana mía, y ven*,<sup>2</sup>: *camina, avanza prósperamente con esa tu gallardía y hermosura*<sup>3</sup>, *con esos tus labios, lirios que destilan la mirra más pura; con esas tus manos de oro torneadas llenas de jacintos*<sup>4</sup>. *Ven del Líbano, Esposa mía, ven del Líbano, ven; serás coronada*: y María, dulcemente atraída por las castas caricias del Esposo, se levanta del Líbano de su candor y se presenta á su Amado llena de modestia y de gracia, con la plácida vestidura de la mañana, con sus cabellos ondeantes como un velo de oro, y con los atractivos y encantos de una bella esposa engalanada. Allí, sobre un trono de blancos resplandores, circundado de querubines, empuña el cetro de su virginidad; allí ciñe su frente la corona eternal de su pureza;

1 Antífona.

2 Cant., II, 10.

3 Psalm. XLIV.

4 Cant., V, 13-14

allí sus oídos escuchan epitalamios angélicos de aplausos y alborozo, su espíritu goza con profusión de las más santas comunicaciones con su Dios, y su alma se derrite en deliquios del amor más casto y encendido.

Desde el primer instante de su Concepción, desde ese Líbano grandioso de su inmunidad del pecado, desde ese momento feliz, María elevó sus miradas sublimes al Criador, y llena de justicia, de honestidad, limpieza y decoro, apareció como una *Fuente sellada* de donde manan afluentes purísimos, cuyas aguas no fueron enturbiadas por el cieno de la culpa<sup>1</sup>: como un *Vergel amantísimo* en donde descuellan el *Cedro de su contemplación*, el *Ciprés de su fama*, la *Palma de su victoria*, la *Rosa de su paciencia*, la *Oliva de su misericordia*, el *Plátano de su perfecta fe*<sup>2</sup>; como la casta Esposa de Dios Espíritu Santo, Esposa divina cuya hermosura es incomprensible, cu-

1 San Jorge Niconc., *Or. de Obl. Deip.*

2 San Bernardino de Bust., serm. 1 *De Assimil B. V.*

ya gloria es inefable, cuya manificencia es tan alta que *ninguna criatura, después de Jesucristo, puede ser más perfecta ni capaz de mayor bien*<sup>1</sup>.

¡Oh María! Vos sois la única verdaderamente hermosa, y el Libro sellado que sólo Dios puede leer perfectamente. Vos sois la Emanación más pura de la divina Omnipotencia, el Vapor blaquísimo siempre elevado á Dios, el Céfito sin el cual nuestra alma no puede respirar ni tener la vida de la gracia. Vos sois la Reina del cielo y de la tierra, y podéis con vuestras súplicas todo lo que Dios puede con su imperio. Jamás los Santos hubieran entrado al cielo si no hubiera sido por vuestro medio. Nosotros, como vuestros siervos, acudimos á Vos, ¡oh Reina sin mancha!, á fin de que nos hagáis reinar con Jesucristo y con Vos allá en las alturas del Empíreo.

*Las Avemarías como el día primero.*

1 San Buenaventura, sermón 2 De B. V.

ORACIÓN PARA EL DÍA CUARTO

(De San Epifanio.)

¡Oh María! Vos sois la Esposa amada de la Trinidad beatísima y el tesoro secreto de los bienes que dispensa. Por Vos ha sido Eya levantada de su caída, y Adán restituido al paraíso, del cual había sido desterrado por la culpa. Por Vos y con vuestra protección fué dada al mundo la paz del cielo, los hombres han sido admitidos en la suerte de los ángeles y llamados en el número de los servidores, de los amigos y de los hijos de Dios. Por Vos ha sido hollada la muerte, despojado el infierno, derribados los ídolos, y se ha extendido por toda la tierra el conocimiento del cielo y de vuestro divino Hijo. Dignaos, pues, interesaros en nuestro favor, y estaremos seguros de alcanzar un día el bien inmenso que Vos gozáis en toda la plenitud.

*Petición.—Gozos y oración final.*

## DÍA QUINTO

### LECCIÓN

“Me llamarán bienaventurada todas las generaciones.”

(Luc., I.)

¿Qué criatura más digna de admiración, de alabanza, de honor y de gloria puede haber que María, la cual siempre fué el objeto primordial de las ternuras y amor de la Trinidad augusta?

El Padre eterno puso todo su esmero en hermosear á su Hija primogénita con todas las preciosidades de su poder, á fin de preparar á su Hijo divino una morada digna de su grandeza. Al destinarla para que recibiese la dignidad más elevada que puede imaginarse para una pura criatura, la concibió en su mente *toda hermosa y sin mancilla*<sup>1</sup> y la comunicó aquella virtud singular con que había de triunfar del demonio y del pecado. Y cuando llegó el

<sup>1</sup> Cant., IV, 7.

tiempo de que se cumplieran sus designios altísimos; cuando la humanidad cansada gemía bajo el yugo de Satanás; cuando los desterrados levantaban sus manos al cielo invocando un auxilio salvador, entonces María, más radiante que la estrella después de una noche tempestuosa, apareció en su santa Concepción *decorada con todo el esplendor de las divinas gracias*<sup>1</sup>.

El Verbo divino se complació en poner su habitación en el seno santísimo de María, como en un santuario de pureza que llenó de gloria y de virtud. En efecto: María, con la presencia de la *Luz eterna*, quedó *toda resplandeciente del oro de Ofir*<sup>2</sup>, resplandor brillante que jamás se apagará, porque al concebir al Hijo del Altísimo por obra del Espíritu Santo, al ser Madre de Dios *sin el más ligero menoscabo de su integridad virginal*<sup>3</sup>, al recibir en sí misma los rayos vivificadores del Sol divino, *su pureza se aumentó*

<sup>1</sup> San Andrés Cretense.

<sup>2</sup> Psalm. XLV.

<sup>3</sup> Grad., *Mis. Visit.*

*más, su castidad tomó un nuevo lustre, su virginidad se hizo más inviolable*<sup>1</sup>. Jamás la linfa de la fuente quedó tan limpia y brillante con los rayos del Sol que la ilumina, ni el rocío tan puro y cristalino con la luz que lo penetra, como María quedó más pura y más hermosa al verse Madre del Resplandor de la gloria. ¡Cuán incomprendible es la gloria de la Madre del Salvador, cuán incomprendible la grandeza de la Virgen Madre! Sus miradas son tan graciosas y encantadoras, sus ojos tan hermosos y tan divinos, que atrajeron al Verbo eterno del solio de la inmensa gloria, y el Verbo se humanó en su vientre purísimo.

El Espíritu Santo extendió también sobre esta Virgen pura los brazos de su amparo y protección; imprimió en su rostro hermosísimo los ósculos más afectuosos de ternura y complacencia; la iluminó con una luz inextinguible, la protegió con una virtud inaudita, y la transformó toda en su amor.

Toda la beatísima Trinidad contribu-

<sup>1</sup> San Pedro Crisól., *De Instit.* V.

yó admirablemente para el engrandecimiento de María.

El Padre la predestinó para Virgen perpetua, cuya gloria fuese inmarcesible; el Hijo la preeligió para Madre purísima, cuya virginidad fuese inviolable; el Espíritu Santo la escogió para Esposa, cuya alma permaneciera sin mancilla. El Padre la eximió de la culpa comunicándole su poder; el Hijo la vistió con la estola de la inocencia, participándole sus méritos, y el Espíritu Santo, llenándola de su amor, *preparó el domicilio de una nueva gracia*<sup>1</sup>.

De este modo un Dios trino hizo de María una Niña bellísima, á quien los ángeles admiran; una Virgen insigne, á quien ensalzan los querubines; una Madre intacta, á quien aplauden las estrellas del alba, y á quien por tantas prerrogativas *llamarán bienaventurada toda las generaciones*.

¿Cómo no bendeciremos á quien Dios siempre bendijo? ¿Cómo no amaremos á quien Dios siempre amó?

¡Oh María! Si la primera mirada y

<sup>1</sup> Sar. Bernardino de Sena, tomo III.

elevación de vuestra alma á Dios hizo de Vos el Reclinatorio de la Sabiduría infinita, y el Triclinio sagrado de la augusta Trinidad, ¿qué hará otra mirada vuestra en favor de los mortales? Miradnos, por tanto, ¡oh María!; miradnos con esos ojos divinos, y cesarán nuestras desgracias; miradnos de nuevo, y sentiremos sin duda la influencia de vuestro poder, y nuestra alma quedará inflamada de amor y dispuesta para recibir en la santa comunión al Dios tres veces Santo. Disponednos Vos misma, y alcanzadnos que nos acerquemos al sagrado convite con sumo recogimiento, con gran pureza de alma y con encendido amor de Dios. Así lograremos las gracias prometidas al que se nutre con este Pan que da la vida eterna, y habitará con nosotros el Hijo de vuestras entrañas.

*Las Avemarías como el día primero.*

#### ORACIÓN PARA EL DÍA QUINTO

(De San Bernardo.)

¡ Oh María ! ¡ Cuán grande es vuestra gloria ! ¿ Y cómo seré yo capaz de pon-

derarla? Si os comparo al cielo, Vos sois más elevada. Si os llamo la Madre de las naciones, hago un elogio poco digno de Vos. Si digo que sois Reina de los ángeles, todo prueba que merecéis este título honorífico. Dignaos, pues, ¡oh María!, la más sublime de todas las criaturas, dignaos hacernos participantes de vuestras gracias, pues en este día habéis sido colmada de ellas. Atraednos por medio del olor de vuestros perfumes, haciéndonos imitar vuestras virtudes, que son las que pueden proporcionarnos la entrada á la eterna mansión de los bienaventurados.

*Petición.—Gozos y oración final.*

#### DÍA SEXTO

##### LECCIÓN

“Semejante á una hermosa oliva plantada en medio de los campos..”

(Eccl., XXIV, 19.)

Perseguidos por los remordimientos de nuestros delitos, que han traído sobre nosotros las amenazas de la Justi-

cia divina, ¿quien podrá librarnos del castigo que merecemos? ¿Adonde volveremos nuestros ojos para enjugar nuestras lágrimas? ¿Quién aliviará nuestras penas? ¡Ah! Nuestros males no son incurables. María santísima en su Concepción inmaculada, *semejante á una hermosa oliva plantada en medio de los campos*, nos ofrece una sombra refrigerante de amparo y protección. Esta Oliva misteriosa, que en medio de la Iglesia conservó intacto el verdor de su inocencia y perpetua la lozanía de su virginidad, extiende el maravilloso follaje de sus gracias para acogernos bajo el asilo de su caridad y curar nuestras llagas con el aceite balsámico de su misericordia.

La clemencia de esta Madre compasiva es como una lluvia temprana que después del verano de nuestro pecado alegra los ánimos abatidos, suaviza el terreno de los preceptos divinos y difunde en el alma el ambiente puro de la paz de Dios. En María se encuentra *toda esperanza de vida*<sup>1</sup>, porque

1 Eccl., XXIV.

ella es la Virgen gloriosa que jamás se sentó á las sombras de la muerte. Y cuanto María ha sido más noble en su origen venturoso, *cuanto María es más alta y más santa, tanto es más clemente y dulce para los pecadores convertidos*<sup>1</sup>. El mismo Dios la consagró por Reina de misericordia ungiéndola con *aceite de alegría*<sup>2</sup>, *derramando la gracia en sus labios* y comunicando á sus ruegos todo el poder necesario para salvar á los pecadores.

Bajo la protección de María, ¿qué es lo que podemos temer? María *nada tiene de austero, nada de terrible; toda es dulzura, toda suavidad. Es compasiva con los pecadores, clemente para los necesitados, piadosa para los que la invocan, dulce para los que la aman*. Se vuelve<sup>3</sup> toda ojos para mirar á los desgraciados, toda alas para volar en su auxilio, toda amor y ternura para consolarlos. Y no contenta con todo esto, levanta su voz compasi-

1 San Greg., lib. I., ep. 47.

2 Psalm. XLIV.

3 San Bernardo.

va y dice: *Venid á mi todos los que estáis en trabajo y fatigados, que yo os aliviare*<sup>1</sup>. *Venid á mi todos, y veréis que mi espíritu es más dulce que la miel*<sup>2</sup>, *que yo amo á los que me aman*<sup>3</sup>, *que desde la infancia creció conmigo la misericordia*<sup>4</sup>. *Venid á mí...* ¿Por qué estáis pobres cuando conmigo está la *opulencia*? ¿Por qué andáis sedientos cuando de mí nacen las aguas de salud? ¿Por qué sois débiles si en mí está la *fortaleza*? Y si estáis muertos por el pecado, ¡ah! venid pronto, que *en mí encontraréis la vida*<sup>5</sup>. Venid, no temáis: *así como una madre tierna acaricia á sus hijos, así yo os consolaré*<sup>6</sup>.

¿Quién no se alienta al escuchar los más gratos acentos de compasión? ¿Quién no se anima al impulso de tantos llamamientos de amor? ¿Quién no se arroja en los brazos de una Madre

1 Matth., XI.

2 Eccl., XXI.

3 Prov., VIII.

4 Job, XXXI.

5 Prov., VIII.

6 Isa., LXVI.

tan tierna y cariñosa como María? ¡Ay! los condenados ya no tienen Madre, y nosotros contamos aún con una Madre llena de ternura que se duele de nuestras miserias, que enjuga nuestras lágrimas, que nos tiende los brazos y nos estrecha en su seno de amor para librarnos de la muerte eterna. ¡Qué felicidad! Arrojémonos, pues, en los brazos de María, para no separarnos jamás de Ella; estemos á su lado, y nada nos faltará; valgámonos de su poder, y seremos eternamente felices.

¡Oh María, dulcísimo atractivo de nuestro amor! ¡Qué lágrimas tan consoladoras derramamos al ponernos bajo los auspicios de vuestra protección! ¡Oh hermosa Oliva refrigerada por la lluvia celeste! Libradnos de los rayos vengadores, calmad la agitación que nos destruye y dadnos la paz del corazón. En Vos está fundada la razón de nuestra esperanza; no nos dejéis perecer mientras tantos pecadores se han salvado por vuestro medio: salvadnos á nosotros también. A Vos suspiramos heridos por vuestro amor.

*Las Avemarías como el día primero.*

ORACIÓN PARA EL DÍA SEXTO

(De San Germán.)

¡Oh divina María, Madre mía soberana, y después de Dios mi único consuelo en este mundo! Vos sois el rocío celestial que sólo puede endulzar mis penas. Vos sois la luz que disipa las tinieblas de que mi alma está rodeada. Vos sois mi guía en mis viajes, mi fortaleza en mis debilidades, mi tesoro en mi pobreza, el bálsamo para curar mis heridas, el consuelo en mis lágrimas, el refugio en mis miserias y la esperanza de mi salud. Vos, que como Madre de Dios amáis tanto á los hombres, concededme lo que os pido. Vos, que sois nuestra defensa y nuestro apoyo, hacedme digno de participar en compañía vuestra de esa felicidad de que gozáis en el cielo.

*Petición.—Gozos y oración final.*

DÍA SÉPTIMO

LECCIÓN

“Como el arco que reluce  
entre las nubes de gloria.”  
(Eecl., L, 8.)

En la antigua Ley los pecadores experimentaban frecuentemente, por sus pecados, los rigores tremendos de la Justicia divina. En las Santas Escrituras vemos que la tierra se tragó vivos á Coré, á Datán y á Albirón, por haber introducido el cisma en el pueblo de Dios, queriendo usurpar el ministerio sacerdotal y la autoridad suprema que no les pertenecía <sup>1</sup>. Vemos también que más de cincuenta mil bethsamitas quedaron muertos por haber visto el arca del Señor con poco respeto; que <sup>2</sup> David, por sólo haber incurrido en una vana curiosidad, fué castigado con tres días de peste asoladora que hizo seten-

<sup>1</sup> Num., XVI.

<sup>2</sup> I Reg., VI.

ta mil víctimas<sup>1</sup>; ¡y cuántos otros castigos que sería largo enumerar! Mas en el día, ¿quién detiene el brazo de la Justicia divina, provocada constantemente por tantas abominaciones, sacrilegios, impiedades, blasfemias é irreverencias como se cometen? ¿Por qué en vez de sufrir los castigos que merecemos, sólo experimentamos los efectos de la misericordia de Dios? ¡Ah! Es porque hay un Iris que circuye el trono de Dios<sup>2</sup>, y este Iris bellissimo, que es María, la cual asiste de continuo al tribunal divino para interponer su mediación en favor de los pecadores, es quien detiene las sentencias y los castigos que merecemos.

*Pondré mi arco en las nubes, dijo Dios á Noé, y será señal de la alianza que he hecho con vosotros. Lo veré y me acordaré de la Alianza eterna*<sup>3</sup>. María santísima es este *Arco de eterna paz*, dice San Bernardo<sup>4</sup>, y cuando

1 II Reg., XXIV.

2 Apoc., IV.

3 Genes., IX.

4 Serm. 1 *De Nom. V.*

Dios la ve en su acatamiento, se acuerda de sus promesas de salvación y contiene el castigo de su justicia.

El profeta Isafas se lamentaba en su tiempo de que, irritado Dios con los pecadores, no había quien se levantara y detuviera su indignación<sup>1</sup>; y esto era, dice San Buenaventura, porque María aún no había venido al mundo<sup>2</sup>; pero desde luego que la Virgen santa fué concebida en el primer instante de su ser, *Hermosa como los pabellones de Salomón*<sup>3</sup>, apacible como aquellas tiendas de paz, desde ese momento comenzó á rogar por nosotros en el Consistorio de la Trinidad, y al primer aliento que exhaló, más grato que el aroma de las manzanas; al primer sonreír de sus labios nacarados como cinta de grana<sup>4</sup>; al abrir sus ojos divinos y agraciados como de paloma<sup>5</sup>; al emitir su voz dulcísima como el sonido de la flauta en el desierto, Dios se compla-

1 Isa., LXIV.

2 *In spec.*, cap. XII.

3 Cant., I, 4.

4 Cant., IV.

5 *Ibid.*, IV, 1.

ció en la belleza de su Escogida, engrandeció más y más el iris de su hermosura, atendió á sus ruegos, y el ángel de la muerte envainó la espada vengadora, y los espíritus celestes admiraron extáticos los acentos de la inocencia.

Jamás el Señor vió á María con rostro airado, porque ella es la única exenta de la maldición, la única destinada para hacer la felicidad de la tierra y formar las eternas delicias del cielo. María halló gracia delante de Dios, y por eso se presenta en la plenitud de los Santos *como el arco que reluce entre las nubes de gloria* interponiendo por nosotros su mediación, más valiosa que la de todos los bienaventurados.

¿Qué será de nosotros si despreciamos á esta Arca de salvación? ¿Cómo llegaremos á nuestro último fin si no nos valemos del medio que Dios nos ha dado para conseguirlo? ¡Ah! Lejos de nosotros aún la idea de semejante desgracia. María es *el consuelo de nuestra vida* <sup>1</sup> y *nuestra esperanza en*

<sup>1</sup> Tob., X, 4.

*las penas* <sup>1</sup>; Ella tiene *un poder absoluto en el cielo y en la tierra* <sup>2</sup>, y primero perecerán todas las cosas antes que deje de socorrernos cuando la invocamos.

¡Oh Virgen inmaculada, Iris apacible y encantador! Eva perdió la gracia, y Vos la habéis encontrado para ser el consuelo del alma peregrina y la esperanza del pecador arrepentido; por eso en Vos y por Vos nuestro corazón inquieto halla el reposo y el lleno de sus deseos. Por tanto, «no rehuséis vuestro socorro á los desgraciados; dad aliento á los débiles; consolad á los afligidos; rogad por el pueblo; poned al clero bajo vuestra especial protección; interceded por todas las mujeres, que os son particularmente devotas; en fin, que todos los que acuden á Vos en sus necesidades, experimenten los dulces efectos de vuestra mediación poderosa <sup>3</sup>.»

*Las Avemarías como el día primero.*

<sup>1</sup> Jerem., XVII.

<sup>2</sup> San Bernardo.

<sup>3</sup> San Agustín.

ORACIÓN PARA EL DÍA SÉPTIMO

(De San Efrén.)

¡Oh Virgen purísima y sin la menor tacha! ¡Oh Madre de Dios y Reina del universo! Vuestro poder es mayor que el de todos los Santos. Vos sois la esperanza de los escogidos, la alegría de todos los bienaventurados. Vos sois la que nos reconcilia con Jesucristo, la abogada de los pecadores, el puerto seguro de los que están en peligro de naufragar. Vos sois el consuelo del mundo, la redentora de los cautivos, la salud de los enfermos, el gozo de los afligidos, la salvación de todos. A Vos recurrimos, y os suplicamos humildemente tengáis piedad de nosotros.

*Petición.—Gozos y oración final.*

DÍA OCTAVO

LECCIÓN

“Con la Estrella de la mañana.”

(Eccl., L, 6.)

La vida del hombre es una continua batalla sobre la tierra. <sup>1</sup> ¡Cuántos peligros tiene que arrostrar! ¡Cuántos enemigos que combatir! ¡Cuántos escollos que evitar para llegar al puerto de salvación! Pero en medio de la borrasca que le agita, tiene, como el náutico, una estrella benigna que con sus rayos fulgurantes le conduce á las playas de la beatitud.

María santísima es este Lucero amigo á quien la Iglesia llama *Estrella de la mañana*, porque permaneciendo pura en el oriente de su Concepción, emite su luz preciosa y radiante para alumbrar á los que yacen sentados en las sombras de la muerte, á fin de conducirlos á la vida.

<sup>1</sup> Job, VII.